

Algunas cartas de Jerónimo a las mujeres.

Autor:
Ulloque, Marcelo

Revista:
Actas y comunicaciones del Instituto de Historia Antigua y Medieval
2013, N°9



Artículo

ACTAS Y COMUNICACIONES DEL INSTITUTO DE HISTORIA ANTIGUA Y MEDIEVAL

VOLUMEN 9 - 2013

ALGUNAS CARTAS DE JERÓNIMO A LAS MUJERES *

Some Jerome's letters to women

Marcelo Ulloque
Universidad Nacional de Rosario

Fecha de Recepción: Octubre 2013
Fecha de Aceptación: Noviembre 2013

RESUMEN

Jerónimo es un autor principal del siglo IV. Pero nuestro interés no está en sus grandes obras teológicas sino en las cartas que escribía a algunas de sus amigas y admiradoras con consejos espirituales y prácticos que denotan una formación y una actividad evangelizadora notable. A través de estas cartas privadas se vislumbra el pensamiento de quien ya estaba pensando lo público desde una determinada concepción que difería con lo usual o aceptado en su tiempo. Analizaremos la Carta CXXVII "A Principia, virgen", la Carta XXIII "A Marcela", y la Carta XXIV "A Marcela, noble dama romana"¹.

PALABRAS CLAVE

Carta - Género - Antigüedad Tardía - Cristianismo

ABSTRACT

Jerome is one of the main authors in the 4th century. However, we are not so much concerned about his theological writings as we are about the letters he wrote giving spiritual and practical advice to some of his friends and admirers. They clearly reflect his evangelical background and missionary zeal. In those familiar letters we can follow his train of thought: he had a conception of the public sector which differed significantly from that popular in his time. We will analyse letter CXXVII "To Principia, virgin", letter XXIII "To Marcela", and letter XXIV "To Marcela, noble roman lady".

* Trabajo presentado en el V Encuentro de Actualización y Discusión: "Haciendo hablar a los documentos. Problemáticas y testimonios de la Antigüedad Clásica a la Edad Moderna", realizado en la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, los días 30 y 31 de Octubre de 2013.

¹ HUBER, Sigfrido (1946) *Cartas Selectas de San Jerónimo*, Ed. Guadalupe, Buenos Aires.

KEY WORDS

Letter - Gender - Late Antiquity - Christianity

La pertinencia de estudiar los discursos sobre las mujeres se fundamenta en la validez de la categoría género para el análisis histórico, tal como fue conceptualizado por Joan Scott por primera vez en su ya famoso artículo de 1986 traducido al español en 1993: “El género: una categoría útil para el análisis histórico”². Como sabemos a partir de Joan Scott, el género puede ser pensado como una categoría social que se impone sobre un cuerpo sexuado. Tal como ella lo afirma, el género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales, y es una manera de significar las relaciones de poder. Puede ser analizado desde cuatro vertientes: los símbolos disponibles culturalmente, los conceptos normativos, las instituciones sociales y las organizaciones, y la identidad subjetiva. Se trata de un concepto, y de una teoría, que permite examinar las formas en que son construidas las identidades genéricas en el marco general de la vida social, y en relación a actividades, organizaciones sociales y representaciones culturales históricamente específicas.

Asimismo destaco la importancia teórica de los aportes de Judith Butler³ quien a diferencia de Joan Scott -para quien el género era una construcción social realizada sobre un cuerpo sexuado biológicamente determinado-, cuestiona la misma idea de sexo, considerándola una construcción ideal que se materializa a través del tiempo. El sexo no sería ya un dato corporal, una superficie sobre la cual inscribir determinado género, sino que se revelaría como una norma cultural que se produce y se desestabiliza a través de la reiteración de pautas que la autora compara con los actos performativos del habla, esto es de esa práctica discursiva que realiza lo que nombra. Aquí ella acepta la noción de Foucault⁴ de un poder regulador que produce a los sujetos que controla, no sólo externamente, sino a través de la propia formación de los sujetos en un proceso de generización. No obstante, esta generización es una práctica que nunca se concluye, que se reitera, y en esta repetición es que se demuestra su inestabilidad, a pesar de que es un proceso necesario para ser considerado “alguien” viable por nuestra sociedad.

La discusión se centra en el marco de los estudios sobre la Antigüedad Tardía, categoría historiográfica que tuvo su auge, expansión y redimensionamiento en las últimas décadas.

² SCOTT, Joan (1993) “El género: una categoría útil para el análisis histórico” en CANGIANO, M. y DUBOIS, L. *De mujer a Género. Teoría, interpretación y práctica feminista en las ciencias sociales*, CEAL, Buenos Aires, pp. 17 a 50.

³ BUTLER, Judith (2002) *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*, Paidós, Buenos Aires.

⁴ FOUCAULT, Michel (2002) *Historia de la Sexualidad 1 – La voluntad de saber*, Ed. Siglo XXI, Buenos Aires.

Análisis documental

Carta CXXVII “A Principia, virgen”

Dos años después de la muerte de Marcela, Jerónimo escribe su elogio fúnebre, en una carta dirigida a Principia. El objeto de la misma es que otros conozcan sus virtudes y las imiten. Dice que no lo hará exponiendo su ilustre familia y linaje ni las glorias de sus antepasados, sino elogiando lo que le es propio a ella, su pobreza y humildad, voluntariamente buscadas.

Huérfana de padre y viuda a los 7 meses de casada, rechazó una nueva propuesta de matrimonio de un rico cónsul, manifestando su voluntad de vivir en perpetua castidad.

Compara a Marcela con la profetisa Ana, que tras 7 años de viudez, reconoció al Mesías en Jesús el día de su presentación en el Templo de Jerusalén, tal como relata Lucas en su Evangelio 2, 36. Una esperaba a Cristo, la otra ya lo tenía, una lo reconoce de niño, la otra cree en el crucificado y se alegra en su rey. Quiere decir que si las dos mujeres se dedicaron a los mismos trabajos, recibirán el mismo premio.

Roma es presentada como la rica ciudad calumniadora, donde se murmura contra los honestos y se premia a los viciosos, se denigra a los puros con la difamación de los chismosos. En esa ciudad nadie oyó sobre Marcela cosas desfavorables, a pesar de que confundió a los gentiles enseñando con su ejemplo lo que es la viudez cristiana: no maquillarse, usar vestidos pobres, renunciar a las joyas, no usar perfumes. No ver nunca a solas a ningún hombre, aún clérigo o monje. Rodearse de mujeres serias y honestas, alejarse de la lascivia de las doncellas y de las casas de las matronas. Ayunar con moderación, no comer carne, conocer el vino más por el olor que por el sabor, salir poco en público, rezar en secreto, visitar las iglesias en las horas menos frecuentadas. Obedecer a su madre aún contra su voluntad, para no entristecerla dejó sus alhajas de sus parientes, antes de dárselas, como deseaba, a los pobres. Toda esta negación del mundo es para atender mejor a los pobres.

De sacerdotes alejandrinos, del Obispo Atanasio y de otros refugiados en Roma que huían de la persecución arriana, Marcela aprende la vida del abad Antonio y la disciplina observada en los monasterios de Pacomio y en conventos de vírgenes y viudas, y es de las primeras que abraza en Roma ese estilo de vida.

Jerónimo se defiende de las críticas por alabar a una humilde mujer. Y lo hace recordando a las mujeres que sirvieron al Señor, ayudándolo con sus bienes, las que estuvieron al pie de la cruz, la Magdalena... Se juzgan las virtudes no según el sexo, sino según el valor del ánimo.

Y le preguntaba a Jerónimo sobre las Escrituras. Para aprender. Y cuando le preguntaban cuestiones de fe, por humildad y prudencia respondía lo que ella pensaba como si fueran palabras de Jerónimo o de otra autoridad reconocida. Una treta del débil como diría Josefina Ludmer⁵.

Marcela pensaba en la muerte. Y la afronta en el 410 tras el saqueo de Roma por Alarico. Le pegan con palos y latigazos pidiéndole oro, pero nada tiene. La llevan detenida y la cárcel no la hizo pobre sino que la encontró pobre. Carecía del pan del día pero tenía el pan que es Cristo y no sentiría hambre. Jerónimo la piensa alegre y gozosa por haber salvado a Principia de cualquier ofensa, mientras medita “Desnuda salí del vientre de mi madre, y desnuda volveré allí. Como el Señor lo ha querido, así fue hecho. ¡Sea bendito el nombre del Señor!”⁶. Días después se durmió en el Señor y dejó a los pobres como herederos.

⁵ LUDMER, Josefina “Las tretas del débil” en *La sartén por el mango*, Ed. El Huracán, Puerto Rico, 1985.

⁶ Job, 1, 21.

Carta XXIII “A Marcela”

La muerte sorpresiva de Lea motiva reflexiones escritas por Jerónimo para Marcela.

El alma de Lea abandonó su cuerpo mortal y éste es como un vaso de barro que se rompe. Marcela palidece, se entristece y acongoja. No pudieron asistir a su funeral.

¿Para qué escribir? Para alegrarnos por la que ya recibió su premio seguro. Para hablar de su vida. Y para comparar a Lea con un cónsul pagano rival muerto recientemente y que está en el infierno.

Lea fue cabeza de un monasterio y madre de vírgenes o monjas. Después de los lujosos vestidos del mundo mortificó su carne con cilicios, pasaba las noches orando y enseñaba con su ejemplo más que por su palabra. La que antes era ama de tantos ahora era sierva de todos, y era sierva de Cristo por dejar de ser señora de hombres. Su vestido, modestísimo, su comida, común, su cabeza poco cuidada. Rechazaba la ostentación para no tener su premio en este mundo.

Jerónimo la piensa ahora gozando de los coros de ángeles, viendo como el rico y purpurado cónsul pide una gotita de agua sobre su lengua ardiente. Aquel que lo tuvo todo, ahora está desolado y desnudo, en lúgubres tinieblas. Lea en cambio, que vivió separada del mundo en la clausura de su celda, cuya vida pasó por locura, sigue a Cristo.

Finalmente Jerónimo recomienda a Marcela: no nos vistamos de dos túnicas, esto es de una fe doble. No llevemos zapatos de pieles, es decir obras muertas. No nos tire al suelo el peso de las riquezas. No queramos tener a Cristo y al mundo, más bien obremos para que a lo breve y caduco suceda lo eterno, y como cada día vamos muriendo, no nos creamos inmortales para ser acreedores de la inmortalidad.

Carta XXIV “A Marcela, noble dama romana”

Jerónimo escribe el elogio de Asela, virgen del círculo de Marcela, en Roma en el año 384.

Jerónimo elogia a algunos y censura a otros, pues castigando a los malos, corrige a los demás, y elogiando a los buenos, estimula la imitación de sus virtudes.

Asela fue bendecida en el seno de su madre, antes de nacer, su padre la vio en sueños guardada en un cristal más reluciente que un espejo, en señal de su futura virginidad. A los 10 años ya estaba consagrada.

Todo eso es fruto de la gracia divina, por lo que Jerónimo continuará con lo que Asela eligió, emprendió y cumplió a partir de los 12 años.

Encerrada en una celdilla, dormía y oraba en el suelo. Ayunaba, y con pan, sal y agua excitaba el hambre.

Vendió, sin conocimiento de sus padres, su collar de oro. Se vistió de una túnica oscura y renunció al mundo.

Jamás fue vista en público o hablando con varones. Y sacrificio admirable, a su misma hermana, virgen también, más la amaba que la veía.

Trabajaba con sus manos, hablaba con su Esposo espiritual con oraciones y salmos. Visitaba los sepulcros de los mártires sin ser vista. Su alegría más grande era que nadie la conocía.

En medio de la turbia ciudad halló el yermo de los monjes. En esta ciudad de lujo, lascivia y diversión, los buenos la elogian, los malos no se atreven a denigrarla, las viudas y vírgenes la imitan, las casadas la honran, las ruines le temen y los sacerdotes la admiran como ejemplo.

Conclusiones

Jerónimo enuncia un deber ser de la mujer cristiana, preferentemente virgen, o en su defecto, continente, viuda, consagrada al Señor. Ha marcado el pensamiento de la Iglesia y de algunos hombres poderosos sobre la mujer, constituyendo un ideal de femineidad. Y si bien las mujeres no han sido receptoras pasivas del mensaje, sino que lo transformaron a lo largo del tiempo a través de luchas y toma de conciencia, algo queda del mensaje de Jerónimo en la sociedad actual: la centralidad del pobre como causa última de todos los desvelos, auténticos o fingidos. Desde políticos a religiosos, ninguno podría negar esa centralidad discursiva de la cual Jerónimo es un conspicuo exponente.